

AMOR FILIAL

Manuel Radilla Ludwig /

3er. año de Psicología. Facultad de Filosofía y Letras

El general se consideraba, por poco práctico que parezca, un hombre discreto consciente de su persona. Era él uno de esos hombres que, aunque sabedores de su poder, no hacen gala ostentosa de esa fuerza y se limitaba, casi obligado, a lucir aquella inmensa gorra, estrellas y aguilitas por todos lados y esa voz, esa voz gruesa y formal, que tan mal contrastaba con los cuentos de gnomos que narraba a sus sobrinitos. Al general no le gustaba su voz, como tampoco le gustaban sus pantalones verde aguacate que el ejército le obligaba a usar, ni sentirse temido por la tropa que lo consideraba como un verdadero representante de Marte en la tierra. . .

Esa mañana el general estaba un poco inquieto. Al salir de su casa equivocó la despedida y besó a la escoba en lugar de a su mujer. El general no estaba seguro de haber besado a su esposa y era por eso que la incertidumbre amenazaba con echarle a perder el día. Se sentó en su amplio sillón de cuero y después de haber estado girando un rato alborozadamente sobre él, detuvo la vista en la estantería donde varios libros mostraban ufanos sus lomos: *El Príncipe*, *El Principito* (el general tuvo en su adolescencia un amigo al que nunca olvidará), "Justine", del Marqués de Sade (el general. . . ¡Bueno! ¿Quién no, alguna vez?), la constitución del país y, por supuesto, el código militar de procedimientos. Sacó del estante un libro intitulado: *Militares insignificantes*. Así como en otros países se escriben obras enteras para ensalzar las hazañas de hombres famosos, en este país les da por leer el libro aludido que se ocupa de los militares que no hicieron nada notable. Abrió el general el libro por la letra L y fue pasando sus hojas hasta llegar a LXZ, donde leyó lo siguiente: "LXZ es caprichoso y travieso. Tiene decidido afán por los juegos de azar. . . Nació en el planeta Marte en el año 12 y emigró a la Tierra en el año 1491 (algunos historiadores aseguran que llegó antes que Colón al descubrimiento de América) . . . Su ocupación favorita es rascarse la barba y hurgarse entre los dedos de los pies. No lee ni escribe a pesar de lo cual fue propuesto para el Premio Nóbel en 1914. . . Ocupó un alto puesto en nuestro gobierno. Actualmente se gana la vida sin hacer absolutamente nada. Su residencia favorita es la boca de los cañones de marina, prefiriéndolos a los toneles, a los chalets y a los grupos intelectuales pasados de moda. Marcha indistintamente hacia adelante o hacia atrás, según se le ordene. Su dirección actual es: Acorazado 'Pax', Allá-en-el-mar. . ."

Después de leer tan extraordinario informe, el general aspiró profundamente el humo de su cigarrillo y poco a poco se fue quedando dormido.



Algo se le movió en la camisa... "Estoy soñando", se apresuró a pensar... Pero aquello persistía tan vivamente, que comenzó a molestarle. Levantó la mirada y vio frente a sí a Lagarto... "Buenos días", dijo éste... El general tuvo a bien asomarse por la ventana para constatar si en verdad el día era bueno, y no saludar apresuradamente con un "Buenos días", pudiendo ser que no lo fuera. Asegurado de que aquel día, salvo unas torpes nubecillas que deambulaban por ahí sin saber dónde ir, era un día magnífico, agregó un "muy" a los "buenos días"... "Muy buenos días, Lagarto", dijo, "¿Cómo has encontrado Nueva York?"... "Muy rocoso", contestó Lagarto (lagarto era uno de los soldados más inteligentes del ejército)... "¿Y Nueva York?", volvió a preguntar el general como queriendo probar cuántas respuestas podía dar a una sola pregunta... "Muy rocoso", respondió Lagarto... El general se percibió de lo agudo de sus respuestas y temió por un momento, un difícil momento, que de un momento a otro Lagarto le preguntara groseramente: "Y usted ¿Para qué es general?"... Para evitar esto, el general se apresuró a hablar: "Ahora escúchame, Lagarto", y se ajustaba muy bien la pistola en la funda "¿Conoces a LXZ, sí o no?"... Lagarto se tomó todo el tiempo que creyó necesario para contestar, adoptó un aire displicente, entornó los ojos y chasqueó los labios... "Lo he visto, sí. Pero no puedo decir realmente que le conozca, porque no he hablado con él. Es claro que nadie puede conocer a una persona si no la ha tratado antes. Decir algo en esas circunstancias, es manifestar sólo una opinión... "Doxa", dicen los griegos... ¿Me entiende usted?... Además, "LXZ, es hijo de un cañón..." El general estuvo todo este tiempo tratando de resolver un crucigrama... "Justamente", le dijo a Lagarto, "has de saber que he inventado un cañón que es una maravilla, un verdadero portento. Dispara conchas marinas en la playa, y también es capaz de disparar pulpos, sardinas, calamares y hasta ballenas que hayan sido previamente cortadas en pedazos. Y las conchas que dispara, no son conchas cualesquiera, sino de caracoles... ¿Me comprendes?" Lagarto, para no pasar por tonto, contestó: "Comprendo", y agregó "Yo también inventé un globo capaz de subir cinco kilómetros, sin más combustible que el aliento de un caballo... Vea usted..." Lagarto dibujó en un ancho pliego una serie de garabatos que más que el diseño de un globo parecía el de una pista de carreras... "Sólo que el caballo se espantaba de las gaviotas que pasaban cerca", concluyó Lagarto suspirando... Los dos lamentaron que por detalles tan nimios hubieran de fracasar las cosas... "¿Conoces a LXZ?", volvió

el general a preguntar a Lagarto, creyendo que éste trataba de eludir la pregunta... "Sí, le he visto, le digo. Él vive en... y... ¡Silencio! ¡*Voilà le!*..." En efecto, al asomar la cabeza por la ventana, el general pudo ver que por los aires venía un cuerpo a toda velocidad que, justamente, fue a estrellarse contra la ventana desde la que el general observaba... LXZ volvió confuso la cabeza hacia todos lados y vio al general aturdido que se llevaba las manos a la cabeza y a Lagarto con una ceja alzada... "Buenas noches, *monsieur*", saludó el general tratando de dar a sus palabras un acento distinguido y atento... "¿Habláis el alemán?" LXZ no respondió. En su avejentado rostro había una estereotipada sonrisa, ni placentera, ni triste, que bien pudiera ser calificada de muda... LXZ no es fácil de describir porque, precisamente siendo de Marte, no era como nosotros... Era como un... o como una... No, no es posible compararlo. De un terrícola, puede decirse por ejemplo: tiene orejas, tiene manos, tiene boca... Pero en este caso, de nada serviría decir: "Tiene algo así como una oreja-diente-dedo..." Además, para dificultar más aún las cosas, no podría decirse ciertamente que LXZ "era", porque "ser", implica precisamente "ser", y LXZ, sencillamente, no era... Por lo menos, no como nosotros somos, o lo que nosotros somos: piel, uñas, cabello... Todo intento de describir a LXZ es inútil. Es necesario estar frente a él y poder decir entonces: "¡Ah! Este (o esto) es LXZ", de otro modo no... "¿Habláis el alemán?", repitió el general tamborileando los dedos sobre el escritorio. Pero LXZ tampoco contestó esta vez, se limitó a acomodarse sobre la alfombra... "¿Por ventura se os ha perdido la lengua?!", gritó ya el general, frunciendo terriblemente el entrecejo y temiendo que el infeliz aquel no se hubiese percatado de las barras y estrellas de su uniforme... Después de esperar largo tiempo una respuesta, tan largo que en ese lapso crecieron varios niños, levantóse el general, dejó el palo de golf que había estado sosteniendo amenazadoramente en la diestra, y, aproximándose a LXZ, le dijo: "Venid acá, buena pieza", a tiempo que le agarraba por la... oreja izquierda, haciéndolo avanzar al ritmo de: "un-dos, un-dos... etcétera", y diciéndole: "*Monsieur*, tengo un cañón"... LXZ quedóse atónito, estupefacto... "¿Qué os ocurre?", interrogó el general, temiendo no haber cerrado el cierre de su pantalón... "¡Estoy salvado!", exclamó jubilosamente LXZ... "si es que posee ese cañón instintos paternales", agregó un poco menos alegre... "Explicaos", inquirió el general... "La armada china", dijo LXZ, "se halla en la actualidad efectuando ejercicios de tiro al blanco, y no hay un solo cañón en el interior del cual pueda yo acomodarme... Por consiguiente, soy huérfano, desamparado, un ser infeliz que carece de padre y hogar... ¡Qué inmensa desgracia!", terminó soltando abundante llanto...

Era verdad que los cañones chinos estaban ocupados en prácticas de tiro al blanco... Considérese que los pueblos orientales, a diferencia de los occidentales que de pronto dicen: "Ahí va la bomba", se han distinguido siempre por el empeño y cuidado que dedican a los preparativos de cualquier evento, sea la ceremonia del té o el harakiri... "Os invito a que os alojéis en mi cañón", dijo tiernamente conmovido el general "os adoptaré como hijo"... LXZ estuvo a punto de explotar de felicidad, pero se contuvo, y preguntó: "¿Y no se marchará también vuestro cañón, dejándome abandonado?..." "No me atrevería a creerlo..." "¡Oh!, gracias; muchas gracias... Eso es un inefable consuelo... En mí tendréis a un hijo. Corramos, corramos inmediatamente a su lado..." Cuando llegaron al lugar en que se encontraba el cañón, el rostro de LXZ tornóse verde, azul, violeta, transparente... "Huele a pescado", dijo con cierta inquietud... "Nada pierdes con probar", sugirió el general... "No me entusiasma el olor", balbuceó LXZ con voz llorosa metiendo la nariz por la boca del cañón y olfateando detenidamente... "Huele a conchas marinas. El olor de los mejillones es muy fuerte y desagradable. No se podrá saludar a nadie sin

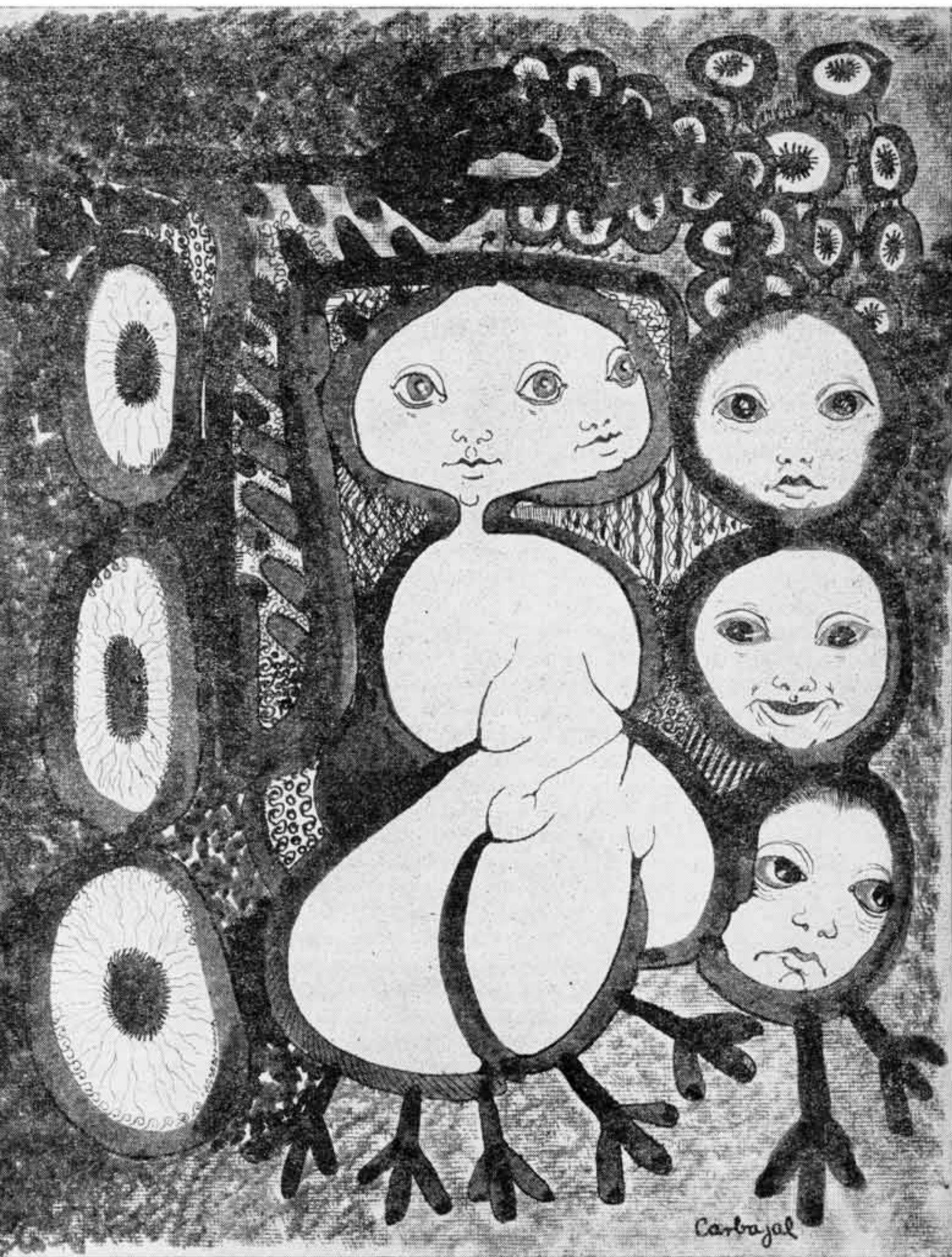
que le digan a uno inmediatamente: Hueles a pescado. Y eso no lo sopor-
to. . . Además, podría convertirme en ostra, o en lapa, y eso sí sería verda-
deramente pesaroso. . .” LXZ hizo el ademán de marcharse y habíase ya
alejado bastante trecho cuando el general, corriendo a duras penas, logró
alcanzarlo y le tomó otra vez la oreja, diciéndole: “Haz la prueba, pobrecito
huérfano”, y le retorció con furor la oreja (o lo que fuere) y le pellizcaba
todo el cuerpo. . . A duras penas logró el general traer a LXZ hasta el
cañón. . . “¿Tenéis la seguridad de que no me ocurrirá nada malo?”, pre-
guntó LXZ con recelo, viendo que el general lograba su propósito. . .
“¡¡BASTA!!”, gritó amostazado el general, y sus largos bigotes se erguían
hacia arriba. . . “Adentro, pues. . .” exclamó con vocecilla apagada y resig-
nada LXZ, y de un salto se metió por la boca del cañón. . .

Como un relámpago de rápido y riendo triunfalmente, corrió el general
a la culata, encendió una cerilla y la aproximó al oído de la pieza. Una
viva llamarada iluminó la atmósfera. . . un objeto partió a través del aire
zumbando de un modo espantoso. . . Una tremenda explosión conmovió el
planeta y una nube de trocitos de concha de caracol ennegreció el firma-
mento. . . Millares, millones de hombres acudieron presurosos de todas
partes, y encontraron el cañón en el suelo, humeante, emitiendo llamaradas
amarillas y verdes. . . LXZ y el general, habían desaparecido. . . El doctor
Capello que se hallaba presente, exclamó: “Algo ha sucedido. . .” (El pro-
fesor Capello era uno de los más brillantes y famosos científicos del país,
y muy perspicaz, por cierto. . .) El profesor subió a un alto estrado y
midiendo con la vista a la inmensa multitud, alzó la voz lo más que le
fue posible, y dijo: “Amigos míos, si aguardan con paciencia unos momen-
tos, verán un espectáculo admirable. Me explicaré. . . Este cañón está per-
fectamente equilibrado, y en él la fuerza impulsiva es igual exactamente
a la de retroceso, e igual exactamente a la necesaria para recorrer la cir-
cunferencia de la tierra. Ahora bien, si consideramos que para conocer el
perímetro de la tierra hay que conocer el valor de su diámetro y multipli-
camos esa cifra por el valor “pi”, considerando velocidad y tiempo, obten-
dremos el siguiente resultado: LXZ desde la boca del cañón, y el general
desde su culata, han salido despedidos de un modo simultáneo y se hallan
en este momento dando la vuelta al mundo. . .” Muchos de sus alumnos
no comprendían aquello de “pi”, aunque sí entendían que el general y
LXZ deberían semejar a satélites artificiales. . . “Si aguardáis un mo-
mento”, agregó el profesor haciendo mentalmente una serie de operaciones,
“verán lo que he pretendido explicarles”. . . Apenas hubo terminado de
decir esto cuando, LXZ por Oriente y el general por Occidente, aparecieron
en el aire, volando al encuentro uno de otro, con una velocidad tan
espantosa, que la multitud ahí congregada, corrió a esconderse. . . “Se han
cruzado a la mitad de su viaje alrededor de la tierra”, dijo el profesor Ca-
pello todavía en el estrado, “y ahora se encontrarán dándose un furioso
abrazo”, concluyó describiendo el hecho con auténtica satisfacción. . .

“¡¡PUM!!!”

En aquel preciso instante, los dos cuerpos chocaron con violencia y
cayeron después al suelo entrechamente abrazados. . . “¿Qué tal?”, preguntó
aturdido el general. . . “¿Os ha gustado? . . .” “Me habéis impresionado”,
contestó LXZ sinceramente admirado. . . Contempló un momento el cañón
que yacía humeante aún en el suelo, y, con los ojos arrasados de lágrimas,
subyugado por la emoción, hincó una rodilla en tierra, rodeó al cañón
con sus brazos y, oprimiendo contra él la mejilla, exclamó: “¡Papá! ¡Papá!
¡Al fin he vuelto a tu lado! . . .”

El general, volviéndose hacia el profesor Capello, le dijo suspirando:
“Dejémosle donde está. . . ¡El pobre huérfano ha encontrado, al fin, la paz
de su existencia!”



dibujo de Miguel Ángel Carbajal